

CORPUS CHRISTI. Homilía Mons. Zornoza. 14 de junio de 2020. Catedral de Cádiz

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

Queridos hermanos: Celebremos la solemnidad de Corpus Christi dando gracias a Dios por el don de la Eucaristía. Postrémonos ante Cristo realmente presente y adorémosle con fe. Repitamos una y otra vez con júbilo: “¡Glorifica al Señor Jerusalén! ¡Alaba a tu Dios y Señor!” (Sal 147).

Os saludo con afecto a todos los presentes, a mis hermanos sacerdotes, al cabildo catedral, vicarios, corporación municipal, autoridades civiles, militares y académicas; a los seminarios diocesanos, consagrados, cofradías de Cádiz, colegios religiosos; y a cuantos nos siguen por la televisión, principalmente enfermos, ancianos o impedidos. Agradezco a Onda Cádiz que haga posible esta retransmisión para que todos puedan participar de nuestra fiesta.

Parece como si la primera lectura (cf. Dt 8,2-3) nos recordara la experiencia sufrida en estos meses de pandemia. El pueblo de Israel pasó por una terrible situación en el desierto, rodeado de miedo y muerte, pero reconociendo su debilidad e impotencia volvieron su rostro a Dios, acudieron a él, y el escuchó sus gritos y su aflicción. Pasaron hambre, pero Dios les respondió con su palabra y con el maná. Así reconocieron que “no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios”. Se dieron cuenta, como nosotros, de que el hombre es un ser radicalmente hambriento que solo puede ser saciado interiormente por la verdad y el amor mientras dura su peregrinar en la tierra hacia la eternidad. Superaron el engaño de la autosuficiencia que nos aleja de Dios y se prepararon durante siglos para recibir el alimento que sacia definitivamente el corazón, que es “el fruto de la redención”.

Cristo ha venido al mundo para saciarnos con su amor infinito invitándonos a participar de su amistad y llevarnos a la comunión con Él (Jn 6, 51-58). Por un amor sorprendente Dios se hizo hombre y finalmente se quedó milagrosamente en el pan. Jesús nos habla con todo realismo de ese pan que es su propia carne. Aunque parece escandaloso hablar de masticar su cuerpo y beber su sangre, pero lo verdaderamente milagroso es poder, gracias a ello, habitar en Él, vivir por Él. “Quien come de este pan vive para siempre”. Sin este *Pan, que es remedio de inmortalidad* (San Ignacio de Antioquía), no podría subsistir. Cristo no solo nos propone su mensaje, sino que se da a sí mismo como alimento que da vida, porque transmite su propia vida. De este modo nos hace vivir para la eternidad y nos anticipa el gozo de la Vida Eterna en una estrecha comunión de amor. Es, sin duda, un misterio de amor duradero. La Eucaristía encierra el cuerpo, es decir, la vida entera del Señor, toda su realidad. Jesús mismo, con cuanto vive y siente, se convierte en nuestro alimento. Es necesario, por tanto, que cada uno de nosotros viva por Él, se convierta en otro Cristo, y que, de igual modo, también cada cristiano se convierta en don, como lo es Él. Acerquémonos, pues, a su mesa para que nos transforme; adorémosle porque es nuestro Dios y Señor; pidámosle que nos bendiga para ser portadores de su bendición al mundo, entre nuestros amigos y vecinos y en toda la ciudad.

La Eucaristía es el amor que transforma el mundo. Comer la Eucaristía tiene muchas consecuencias: no sólo alimentamos nuestra alma, sino que formamos un solo cuerpo con Cristo. Así lo recuerda San Pablo: “El pan es uno; nosotros siendo muchos formamos un solo cuerpo” (1Cor 10,16-17). Este nuevo pan (que ya solo lo es en apariencia) contiene sin embargo un cuerpo, el de Cristo, que nos asimila sin despersonalizarnos, haciéndonos cuerpo suyo, Iglesia, consiguiendo la unión de los cristianos con Cristo y entre nosotros. El apóstol consecuentemente invita a la comunidad de Corinto a mirar a Dios y le propone la experiencia eucarística de la comunión que nos fortalece en un amor consecuente y real.

La Iglesia vive de la Eucaristía porque la Eucaristía nos hace Iglesia, es “*sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad*”, como dice San Agustín. Vivamos pues estrechamente unidos en la fe y en la caridad mostrando lo que somos gracias a ella, edificando fuertemente un pueblo unido en Cristo y en torno al altar. No separemos nunca en el cuerpo de Cristo la cabeza de los miembros, o los miembros entre sí. Que nunca se desgarre la unidad, sino que nuestra unión de hermanos sea un aliciente en el mundo para hacer de la sociedad una familia fraterna, una aspiración a la solidaridad auténtica.

¿Cómo no pensar hoy en el hambre que padece la sociedad? ¿No ha quedado al descubierto su miedo a la muerte, la pandemia de la soledad, la necesidad de respuestas, la falta de confianza en quien pueda sostener la existencia? En la Eucaristía nos responde el Señor porque Jesucristo es el único que puede dar respuesta a los grandes problemas de nuestro mundo, a la soledad y la angustia de tantos hermanos nuestros que han perdido la experiencia de Dios —pues ha desaparecido del horizonte de su vida diaria— que han olvidado a Dios. En el eclipse de Dios de la sociedad contemporánea o arrastrados por una cierta apostasía silenciosa —con abundancia de bienes o con carencia de ellos— muchos han regresado a la hambruna espiritual de la vida egoísta y desvinculada de afectos duraderos, al narcisismo y la autocomplacencia, al vacío de sentido y al hambre del corazón insatisfecho. No descansen hasta que se reencuentren con Cristo y participen ellos también de la mesa cálida y familiar de la Iglesia. Con Jesús desaparece el miedo, el temor a los peligros del desierto y la angustia de las noches oscuras. El Señor prepara a los fieles, por medio de la fe, para vivir confiados, amados, con sentido, con alegría. Invitemos a todos a vivir la fe en esta mesa donde, alimentados por Dios, descansa el corazón y recobramos el sentido, la fraternidad y la paz. Este pan nos abre el camino a la plenitud, a la justicia, la libertad y la paz.

Hoy celebramos el Día de la Caridad. Nuestra participación en la Eucaristía debe hacernos testigos de la compasión de Dios por cada hermano nuestro. En ella nos unimos a Cristo de una manera especial entre nosotros y a todos los hermanos que nos rodean. El don del amor de Dios nos vincula más a todos, nos exige estar más cercanos, especialmente de los necesitados. La Iglesia, por ser eucarística, quiere amar, desea compartir, está educada en la escuela de Cristo que se hace pobre para hacernos ricos. Por esto la Iglesia, que ha puesto todos sus recursos al servicio de los demás, ha sabido adaptarse en cada momento —también a la actual situación de pandemia— haciéndose signo de esperanza, solidaridad y aliento para todos. Según los datos contrastados hemos ayudado a más de ocho millones de personas en España durante esta epidemia, sin olvidar a los 100 sacerdotes que han dado la vida, e incontables religiosos y laicos, que no es poca cosa. Una vez más la verdadera caridad se encuentra unida al sacrificio y la entrega de la

vida. Aprovecho para agradecer desde aquí los muchos esfuerzos que estáis haciendo en favor de los necesitados a través de Cáritas, a sus 1.017 voluntarios, a sus 92 equipos y trabajadores, y con vosotros a las cofradías, asociaciones, etc. que se han desvivido estos meses. Sin embargo las iniciativas puestas en marcha durante la epidemia no son nuevas. La labor de la Iglesia a pie de calle no ha llegado con la epidemia porque el año pasado atendió en España a 4,1 millones de personas, casi 176.000 de forma mensual en domicilios y hospitales. En nuestra diócesis se destinaron 1.274.000 millones de euros en necesidades básicas, empleo, vivienda, apoyo a la familia y a la salud, beneficiando a más de 17.000 personas.

Hoy Cáritas Diocesana necesita más ayuda que nunca y hacer inevitablemente una llamada a la generosidad. Lo digo con la seguridad y la satisfacción de conocer vuestra sensibilidad cristiana, sabiendo que aunque los recursos económicos puedan escasear nunca faltan personas dispuestas a compartir su tiempo, sus bienes, y ayudar a los demás. Es la hora del compromiso con quienes viven situaciones de fragilidad. Vivamos como comunidad de esperanza que es fuente de ternura y caridad, de amor gratuito y transformador. Este misterio de comunión, que surge de la Eucaristía, nos une a Cristo y a todos los “cristos” que siguen clavados en la cruz de sus miserias, sufrimientos y necesidades.

Hoy es también día de procesión porque esta solemnidad nos mueve a recorrer la ciudad portando la eucaristía y dando testimonio público de fe y piedad hacia el Santísimo Sacramento (CO 386). Aunque este año no se engalanan las calles, ni se cubre la carrera con toldos, ni se alfombran los caminos con plantas aromáticas o alfombras de flores, no nos conformemos tan solo con bendecir la ciudad desde la puerta de la Catedral. Al Señor le encanta estar en la calle, entrar en las casas, hablar con la gente. Aunque no se adorne la ciudad ni vibre al paso de la procesión como en otros luminosos domingos de Corpus, nuestro pueblo ha de seguir siendo un templo vivo que acoja en los corazones los destellos de plata de nuestra custodia. Me alegra que año tras año mejore externamente nuestra fiesta del Corpus, pero hoy el Señor nos invita a superarnos, a hacer un “más difícil todavía”, que quizá no quedará marcado en las crónicas de la ciudad, sino tan solo en nuestra conciencia y en nuestro corazón, y, sobre todo, en corazón amante de Jesús Sacramentado. El Señor nos compromete a ser custodias ambulantes, sagrarios vivos, portadores y portavoces del Hijo de Dios hecho hombre presente en la Eucaristía. Nos envía a cada calle y a cada hogar anunciando su presencia y llevando su consuelo como testigos del Resucitado. Que se note que aceptamos el reto de ser esa “Iglesia en salida” que nos pide el Papa, por nuestro testimonio de fe, nuestra caridad fraterna, nuestro compartir con los necesitados, nuestra atención a los pobres, nuestro apostolado. A falta de altares en las calles, que cada corazón sea un altar y la mesa de un convite donde invitar a los demás. Recibamos hoy a Cristo vivo, y mostremos que su muerte y resurrección nos libra del mal y de la muerte, que hace que el hombre viva, más allá de la opresión de la enfermedad y del miedo a morir. Jesús cumple su palabra de estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Que en esta escuela de paz el Señor Resucitado presente en la Eucaristía nos haga artesanos de comunión y sea nuestro consuelo, nuestra fuerza, fermento de compromiso activo y la fuente permanente de esa civilización del amor que brota del Corazón de Cristo. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! Amen.